

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Greca—José María Delgado

Febrero de 1922.

N.º 44 — Año VII.

“EL EMBRUJO DE SEVILLA”

POR CARLOS REYLES

I

Carlos Reyles, siguiendo la ruta luminosa de Enrique Larreta, acaba de publicar “El Embrujo de Sevilla”. El novelista recio y admirable ensayista ha ido a la España del “cante hondo”, como Larreta fuera a la España caballeresca. Hay en la identidad de este gesto, la misma aristocracia que llevó a Rubén Darío a intentar, en su visita a Mallorca, su novela frustrada “La Isla de Oro”. Merece sindicarse esta tendencia hispanófila, porque, de persistir, nos hará perder la obra americana, nativa, que podrían legarnos los más fuertes y los más capacitados para hacerla.

Este caso de Reyles es más sugerente que el de Larreta y aún que el de Darío. Al fin y al cabo, la de Darío fué una simple tentativa, sobre la que no persistió mayormente. Larreta, en cambio, surgió de un modo excepcional con “La Gloria de Don Ramiro”. Recuérdese que la novela destacó de inmediato a un gran artista y que, para completar el triunfo, no faltó la burda acusación de “obra pagada a Pedro de Répide”.

Reyles ya tenía ganada, y bien ganada, su posición literaria, y “echa la mano” al tema americano con

"Beba", "La Raza de Caín" y "El Terruño", cuando se nos revela un admirable conocedor del alma andaluza y un estupendo cronista de la Sevilla trágica, realizando su mejor novela realista.

Hay en "El Embrujo de Sevilla" todas las buenas cualidades que en las anteriores novelas de Reyes señaló la unanimidad de la crítica. No falta la minuciosa psicología de las almas torturadas, la frase expresiva, la descripción llena de color, la narración justa y precisa y el realismo vivo y exacto que en "El Terruño" se había diluido en largas disquisiciones y en "La Raza de Caín" se había marchitado en las introspecciones de los personajes divagadores y estilizados.

"El Embrujo de Sevilla" es una novela completa. Reyes ha conquistado así un nuevo triunfo, que acusa, a sus cincuenta y cuatro años, la vigorosa plenitud intelectual.

Reviven otra vez en estas páginas apasionadas las tendencias nietzscheanas de "La Muerte del Cisne", con su metafísica del oro puesta al servicio de un ideal. Contra la vulgaridad de los juicios deprimentes, Reyes adopta la viril postura y dice, por boca de uno de sus personajes: "El torero célebre es, aunque parezca paradoja o enorme dislate, el profesor de energía e idealismo de nuestras multitudes. El les habla el lenguaje que ellas entienden y les llena el alma de apetencias de oro y ambición de gloria. Es un estimulante, el único que poseen. Existen, a no dudarlo, otras influencias más nobles, pero ninguna llega al pueblo, y éste, sin el lidiador, que condenan a ciegas los moralistas, se quedaría ayuno de todo alimento espiritual".

Y, como si todavía fuera poco, agrega y repite ya al final del libro: "En Sevilla todo es hechizo, sortilegio, encantamiento. Muere un bandido, y el escultor Gijón hace del criminal un Cristo maravilloso; las ni-

ñas ponen unas macetas y unas jaulillas en los balcones, y, como por arte de magia, truecan en alegría la miseria de la ciudad; los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro. Sí, aquí todos son círculos mágicos: el sol, las calles embrujadas, los patios soñadores, las coplas a quejumbrosas, las procesiones trágicas, los *tablaos* dislocadores, tierra gorda en la que florecen todo el año los claveles rojos de la pasión y del salero. Y el más grande de todos los círculos mágicos la Plaza de Toros, el redondel divino. La arena amarilla parece un topacio luminoso, y ese topacio es un duro crisol donde se funden y aparecen, limpias de escorias, las bronceas virtudes de la raza; un misterioso espejo, un espejo brujo, es el cual los españoles nos vemos como quisieramos ser, como fueron los Grandes Capitanes, los Conquistadores, los Misioneros". . .

Novela sevillana es ésta, con toda la plenitud luminosa de los cielos de Andalucía, con toda el alma embrujada de colores, de claveles, de mujeres, de mantones floreados, de pasiones, de tragedia. . . Pasa la vida dolorosa de una "cantaora", desgarrándose por culpa del embrujo, haciendo, sobre los despojos de su dicha, la felicidad de otras existencias. Por encima de la tristeza irremediable de las almas llenas de pasión, triunfan las almas apegadas a la vida. Bajo los cielos claros de Sevilla, entre sus callejuelas ensoñadoras, cabe sus balcones llenos de claveles, oen medio a todo ese embrujamiento, que acicatea y apresura el gorizon — convertido en llama — cruzan los personajes de Reyes, trágicamente desolados, como si fu•eran ásperos grabados de otro Darío de Regoyos, trazados a navaja para ilustrar otra "España negra". Es que Reyes ha conseguido darnos la exacta impresión de lo que es Sevilla; "Hechizo, sortilegio, encantamiento". Lo ha logrado fundiendo en su alma gaucha — que tiene mucho de torero — el alma andaluza, en que la alegría y el dolor

son igualmente fiestas, en que se apura el loco gozo de vivir, como si fuera la llamada de un incendio.

II

Como en las antiguas "Academias", Reyles hizo un esbozo previo de "El Embrujo de Sevilla" en una narración que publicó "El Cuento Ilustrado" con el título de "Un Capricho de Goya". (1)

Allí está Pura, la "cantaora", la famosa "Trianera", que cuando "echa los brazos al cielo, se vienen abajo del cielo los serafines". Es la misma que despreció al "Perote" — en la novela el "Pitoche" — y que cuando, enloquecida de amor, va a marcharse con Paco, el torero, sin saber cómo, ante la mirada triste que le dirige su antiguo amante, a punto de ser estrangulado por el torero, vuelve sus pasos y da una puñalada al propio Paco, para arrepentirse luego, confesando a gritos su mala acción, mientras marchan lentos, los Pasos en la noche trágica de una Semana Santa de Sevilla. Toda la acción de la novela, bellamente dramatizada, gira sobre este asunto, y la completan y la sitúan exactamente en la época, descripciones admirables.

No ha modificado Reyles, por tanto, el procedimiento que le hizo anticipar en "Primitivo" y en "El Extraño", las fuertes páginas de "La Raza de Caín" y "El Terruño". Persiste, pues, en abocetar previamente sus grandes novelas, y procede así, al igual de los grandes pintores, ya que pintor es también por la veracidad de sus descripciones y la variada profusión de tonos que sabe utilizar con maestría.

No es "El Embrujo de Sevilla" un "capricho de Goya", solamente, sino toda una serie de caprichos, en los que, como en los del dibujante genial, se aúnan la vida y la muerte, en lo que tienen de más trágico.

La tendencia de Reyles a hacer de sus novelas, prefe-

rentemente, un ensayo filosófico — que se le ha hecho notar como uno de sus defectos característicos — no adquiere, en "El Embrujo de Sevilla", las viejas proporciones censuradas. Todo, en la nueva obra, es medida, justeza, equilibrio.

Ciertamente que contra esta novela, en lo que tiene de medular y de "tesis", se levantarán iracundos los que, como Eugenio Noel, han censurado el flamenquismo, como fruto malo de la exaltación del *redondel*. Pero, es el caso que, hasta el mismo Reyles, reconoce ese mal del "chulo" — como es un mal el del "compadrito" — y contra la posible objeción argumenta, valientemente, el torero Paco: "... un pueblo que desprecia el pellejo, el trabajo, la riqueza y el saber, y ama el tronío, la valentía, la gracia y el goce, no está de más en este pícaro mundo". Y más adelante: "Si las viejas virtudes españolas no han muerto ya por falta de empleo, es quizá porque la magia del redondel las galvaniza y conserva. La bizarria y la majeza, que no podemos poner en la industria y el comercio, la ponemos en el arte taurino, el más viril y arrogante de todos, arte exclusivamente español, como no podía menos de ser, siendo el más arrogante y viril, hecho con nuestros nervios y con nuestras entrañas, y por eso el único que les habla al alma de todos los españoles castizos".

No es la Andalucía de pandereta la que pinta y describe Reyles. Es la Andalucía maja, la de la "sangre, voluptuosidad y muerte" de Maurice Barrés, la que oculta detrás de las macetas de un balcón florido de claveles, la guitarra del "cantaor" y la navaja del "chulo". Es la Sevilla trágica, que se burla hasta de la muerte, como Goya inmortalizaba la mueca del agonizante en la cara siniestra del pelele.

El arte del toreo aparece aquí como un culto que se ejerce casi con religiosidad, y así don Gaspar — un personaje de la novela en que se adivina a Reyles — dice en defensa suya: "Muchos sociólogos de chicha

(1) Tomo III N.º 80 Buenos Aires, octubre 29 de 1918.

y nabo, le inculpan el atraso de España, sin echar de ver que hay regiones atrasadísimas de ésta, donde la afición no tiene influencia alguna. Si la tuviera serían allí las gentes menos inertes y brutas".

Por esto, a pesar de que Reyles acaba de dar a España una obra admirable, no sería extraño que de España mismo le tiraran la primera piedra...

Suceda lo que suceda, si-bien es cierto que el americanismo ha perdido la oportunidad de triunfar una vez más por el desvío de Reyles hacia el tema regional español, no es menos cierto que con "El Embrújo de Sevilla", la literatura hispanoamericana se ha enriquecido con una nueva gran novela.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

Treinta y Tres. Febrero de 1922.